

Cuerpos políticos, voces en disenso (sobre *Jamás el fuego nunca*, de Diamela Eltit)

Political bodies, voices in dissent (on Jamás el fuego nunca, by Diamela Eltit)

Ana Cecilia Olmos¹

RESUMEN

La literatura de Diamela Eltit explora las subjetividades y los cuerpos femeninos como instancias abiertas al cuestionamiento y la subversión de los códigos normativos que regulan las identidades y los cuerpos en la vida social. En esa línea de sentido, este ensayo propone una lectura de la novela *Jamás el fuego nunca* (2007) atendiendo a la enunciación femenina que indaga la experiencia de lucha política que, en las últimas décadas del siglo XX, emprendieron sectores políticos de izquierda en América Latina. Propongo pensar cómo la condición femenina de esa enunciación, en su ejercicio de memoria, proyecta una perspectiva otra sobre las razones éticas, los principios doctrinarios y las fuerzas afectivas que sostuvieron la militancia, no para desertar de los ideales que la impulsaron, sino para interpelar una racionalidad política que, en su pretendida infalibilidad programática, desatendió las fuerzas vitales que obstinadamente perturban la rigidez de los esquemas ideológicos.

Palabras-clave: *Diamela Eltit; subjetividad; militancia política.*

RESUMO

A literatura de Diamela Eltit explora as subjetividades e os corpos femininos como instâncias abertas ao questionamento e a subversão dos códigos normativos que regulam as identidades e os corpos na vida social. Nessa linha de sentido, esse ensaio propõe uma leitura do romance *Jamás el fuego nunca* (2007) em função da enunciação feminina que indaga a experiência de luta política que, nas últimas décadas do século XX, empreenderam setores políticos de esquerda na América Latina. Proponho pensar como a condição feminina dessa enunciação, no seu exercício de memória, projeta uma perspectiva outra sobre as razões éticas, os princípios doutrinários e as forças afetivas que sustentaram a militância, não para desertar dos ideais que a impulsionaram, mas para interpelar uma racionalidade política que, na sua pretensa

¹ Professora associada (livre-docente) da Universidade de São Paulo

infalibilidade programática, ignorou as forças vitais que obstinadamente perturbam a rigidez dos esquemas ideológicos.

Palavras-chave: *Diamela Eltit; subjetividade; militância política.*

ABSTRACT

Diamela Eltit's literature explores subjectivities and women's bodies as open instances of questioning and subversion of normative codes that regulate identities and bodies in the social life. In this line of meaning, this essay proposes a lecture on the novel *Jamás el fuego nunca* (2007) in function of the feminine enunciation that inquires about the experience of political struggle that, in the last decades of the XX century, undertook the political sectors of the left in Latin America. I propose to think how this feminine condition of enunciation, in its memory exercise, project another perspective on the ethical reasons, doctrinal principles and affective strengths that supported the militancy, not to desert of ideals that it impelled, but to defy the political rationality that, in its programmatic infallibility, neglected the vital strengths that stubbornly disturbed the rigidity of ideological schemes.

Keywords: *Diamela Eltit; subjectivity; politic militancy.*

Publicada en 2007, la novela *Jamás el fuego nunca* de Diamela Eltit da continuidad a una perspectiva de escritura que explora las subjetividades y los cuerpos femeninos como instancias abiertas al cuestionamiento y la subversión de los códigos normativos que regulan las identidades y los cuerpos en la vida social. Ya en el primer libro de Eltit, *Lumpérica*, publicado en 1983, el cuerpo escritural de la protagonista, en cuyo nombre resuenan, además de lo luminoso, lo lumpen y lo latinoamericano, se dispersaba en una pluralidad de voces sociales y literarias que desarticulaba la dominante patriarcal inscripta en las lógicas institucionales de control social (disposiciones autoritarias de Estado, reglas excluyentes de Mercado, ideologías político-partidarias, saberes académicos tradicionales). Ese desborde escritural de *Lumpérica* que, exacerbando el juego con la materialidad de la letra vaciaba el texto de cualquier contenido referencial para centrarse en el desmontaje de los discursos, hacía de lo femenino, no la instancia de representación de una noción naturalizada de mujer, sino una posición de enunciación crítica que desarticulaba los sentidos establecidos por los poderes dominantes².

² La escritura de Eltit irrumpe en la escena cultural chilena en consonancia con toda una producción artística y literaria que buscaba corroer los presupuestos comunicacionales del sentido común forjados tanto desde el autoritarismo del Estado dictatorial, como desde

OLMOS, A.C.
*Cuerpos políticos,
voces en disenso
(sobre Jamás el
fuego nunca, de
Diamela Eltit)*

Es esa posición de enunciación, que abre lo femenino a otras instancias de subalternidad (lo marginal o lo latinoamericano, por ejemplo), la que se presenta como constante en la literatura de Eltit y retorna, una vez más, en *Jamás el fuego nunca* como indagación crítica de una experiencia histórica de entre siglos que, en los países del cono sur de América Latina, comportó, en vertiginosos contrastes, el impulso utópico de proyectos políticos de izquierda, la violencia represiva de gobiernos dictatoriales y la voracidad del mercado que, estimulada por las políticas neoliberales de los consensos democráticos, impuso lógicas implacables de exclusión social.

Jamás el fuego nunca traza esa parábola histórica a través de la voz de una mujer que, en un gesto moroso y sin acentos dramáticos, despliega la memoria subjetiva de la lucha contestataria que asumió en su juventud como miembro de una organización política de izquierda. Memoria de la que no está ausente la violencia devastadora que las políticas represivas del Estado dictatorial ejercieron sobre los cuerpos y las subjetividades de los militantes, ni tampoco el presente descarnado de una vida que, en el pasaje al siglo XXI, asiste a la completa desaparición de aquella ética libertaria en las enajenantes rutinas de productividad urbana que el capitalismo neoliberal impone. La reclusión en el cuarto que la narradora comparte con su pareja, los oscuros trayectos que traza en una ciudad que ya no reconoce y los modestos servicios que desempeña para garantizar la subsistencia diseñan ese horizonte histórico de derrota. Pero esto no impide que la narradora indague, una y otra vez, la experiencia de aquella lucha política, no para desertar de los ideales que la impulsaron, ni para dar testimonio de una épica imposible, sino para interpelar una racionalidad militante que, en su pretendida infalibilidad programática, desatendió las fuerzas vitales que obstinadamente perturban la rigidez de los esquemas ideológicos.

99

Voces en disenso

En un devenir incierto, con vaivenes temporales e imprecisiones, pero también con la templanza de quien ha decidido no escamotear las intensidades afectivas que el retorno de lo vivido puede convocar, por doloroso que sea, la narradora se sumerge en un ejercicio de memoria abierto a un diálogo con el compañero con quien compartió la militancia política y su vida: “Espero

la cultura contestataria de una izquierda militante que, por esos años de la transición a la democracia, se reorganizaba como alternativa política sin abandonar los presupuestos ideológicos de la ortodoxia marxista. Así lo explica Nelly Richard (1991,111) cuando al referirse a la Escena de Avanzada, término con el que denominó esa producción artística y literaria, afirma que, “quizás lo más radical de la «nueva escena» dependa de esta pasión del desmontaje (de las gramáticas de articulación del sentido) que anima su «crítica de la representación»: crítica del poder-en-representación (el totalitarismo del poder oficial) pero también de las representaciones del poder (las totalizaciones ideológicas de la izquierda cultural ortodoxa)”.

iniciar contigo un intercambio pacífico -dice ella- que me permita ordenar algunas de las imágenes que me rondan, unas imágenes obsoletas que provienen de un siglo cuyo término aun resuena pero no conmueve” (ELTIT, 2012, 25). Sabemos que la interlocución inherente a toda enunciación no se reduce a un esquema lógico y gramatical que equipara la relación entre los interlocutores y garantiza la comunicación, mucho más que eso, supone una relación de abertura del sujeto hacia un otro que lo interpela y lo descentra en tanto diferencia radical e insuperable. Toda enunciación, por lo tanto, como explica Leonor Arfuch (2018, 61), responde a un otro, “tanto en el sentido de *dar respuesta*, como de hacerse cargo de la propia palabra y también de responder por el otro: “respondo por ti”. Así, respuesta y responsabilidad -de raíz común- se anudan en un plano ético: el destinatario está primero en el proceso de la comunicación, mi palabra es *para* y *por* el otro”. Aunque el fluir de la conciencia que despliega la novela haga indiscernible la índole real o imaginaria de ese diálogo de la narradora con su compañero, lo que me interesa destacar es la dimensión intersubjetiva de esa enunciación por la cual la narradora responde *para* y *por* ese otro con quien comparte lo que restó del naufragio de aquella experiencia política, pero lo hace desde su diferencia, desde la condición femenina que la singulariza. Posición de enunciación que, en su ejercicio de memoria, proyecta una perspectiva otra sobre las razones éticas, los principios doctrinarios y las fuerzas afectivas que sostuvieron la militancia, la cual, si bien retorna en “imágenes obsoletas”, no ha dejado de persistir en una condición existencial que los expulsa del presente:

100

Lo hemos perdido, el rostro, el tiempo nos ha convertido en formas humanas radicalmente seriadas, multitudinarias, pero dotados de un rigor, esa serie opaca y disciplinada en la que se reconoce un militante, un verdadero militante, tal como nosotros que seguimos fielmente el trazado de nuestros principios. La gloriosa parquedad necesaria y resistente, la analítica que nos pertenece, los términos gastados pero necesarios, abarrotados de un deseo inexcusable: esperar que la historia se manifieste. Seguimos linealmente conviviendo con una época que no nos corresponde, cada vez más enjutos, severos, manteniendo un silencio elocuente ante todo aquello que esté fuera de nuestras convicciones. Sí, porque, más allá de los movimientos vacuos aunque previsibles que nos rigen, está la certeza, la nuestra, incrustada en el rincón militante donde se aloja lo perenne de nuestros cerebros. (ELTIT, 2012, 50)

La firmeza de las convicciones, la sobriedad de la expresión, la austeridad de los cuerpos: en esos rápidos trazos que delinean la figura del “verdadero

OLMOS, A.C.
*Cuerpos políticos,
voces en disenso
(sobre Jamás el
fuego nunca, de
Diamela Eltit)*

militante” retorna el gesto disciplinado que definió a la subjetividad política de izquierda de la América Latina de los años setenta. Una subjetividad política que, como sugiere Ricardo Piglia (2005, 131), se forja en el ideario del Che Guevara y se sostiene, a partir de su ejemplo, en “una ética del sacrificio” como condición necesaria para la formación del cuadro político y el triunfo de la revolución. Esa expresión, “ética del sacrificio”, significa que nada de esa subjetividad política quedaba fuera de los mandatos de la organización a la cual el/la militante se incorporaba, menos aún podía escapar a la lógica doctrinaria que sostenían sus ideales, la cual depositaba en el control racional de las fuerzas históricas el destino de los individuos y los pueblos. Así lo sugiere la narradora cuando evoca el ímpetu con que se lanzaban en busca de la célula que sería la base de su acción política:

Podría reconstruir la cara que teníamos, porque teníamos una cara y también cuerpos, sí. Los dos, siempre. Íbamos quizás con una cuota exagerada de energía pasando calles, buscando nuestra célula temprana, buscándola porque nos habíamos convencido de que era lo único posible, aquello que nos podía contener en la historia, una historia, decíamos, activa, y decíamos: nunca encima de nosotros, jamás rigiéndonos con sus monstruosos presupuestos, estábamos esperando la llegada ineludible de la historia. (ELTIT, 2012, 44)

La figura del sujeto pleno de la militancia que se recorta en la euforia de esa imagen juvenil (otro rasgo de la subjetividad política forjada en la gesta guevarista, señala Piglia) se sostiene en la pertenencia a la organización, la subordinación a sus jerarquías y el cumplimiento de sus obligaciones. Obligaciones que, como afirma Hugo Vezzetti (2009,105-106) al comentar relatos testimoniales de militantes, no solían ser compatibles con “las tramas y las decisiones de las vidas privadas”, e incluso, en el caso de mandatos últimos de la organización, llegaban a ser incompatibles con la vida misma, dando lugar, así, al estatuto heroico de una subjetividad política que asumía su manifestación plena con la muerte. Esta sujeción programática de la vida, en todos sus órdenes, a la razón doctrinaria de la militancia y a los objetivos últimos de la acción política es lo que la narradora indaga con minuciosidad, desde las austeras prácticas cotidianas que disciplinaban voluntades y cuerpos (comer poco para contar con “cuerpos disponibles, hambrientos y energéticos”), hasta la determinación extrema que ella reconoce en la conducta de los miembros de la célula. Insiste, en este sentido, en recordar la incondicionalidad de Ximena que la cuidó durante su embarazo en la clandestinidad e imagina su entrega sacrificial en una hipotética emboscada:

Ximena que luchaba por mantenerse dentro del convencimiento de la labor de una militante, despojada de emociones, entregada a su tarea política de sostener a los sobrevivientes, encargarse de la seguridad, arriesgarse por los sobrevivientes, salir a la calle, Ximena, asustada, con el corazón acelerado ante autos que bruscamente se detenían o frente a rostros demasiado definidos que la miraban o podían mirarla. O cuerpos sólidos que la iban a tomar por la espalda hasta hacerle trizas su columna vertebral o la subirían a un auto o la matarían de un certero tiro en la cabeza. (ELTIT, 2007, 167)

También indaga sobre el trabajo artesanal que comporta el suicidio de Lucho en la cárcel y opone al juicio de su compañero, que calificaba ese acto como el gesto burgués de un ascetismo cristiano, la dimensión material de una decisión ética que pone en un primer plano la voluntad sacrificial del militante:

Lucho era, me dices, en último término, en su sentido más concreto, un reaccionario, un socialista clerical. Se amparó en un acto histriónico provisto de un falso valor, un burgués que actuó bajo la forma de un ascetismo cristiano. Eso fue. Lo dices de manera contundente y en un punto, lo sé, tu análisis es certero; sin embargo, te discuto y alzo la voz molesta: la improvisada cuerda que puso alrededor de su cuello, ese trapo que pudo rescatar en medio de un ambiente increíble y adverso, no puede ser reducido a un simple histrionismo o a un factor odiosamente religioso. Fue un trabajo celular, una empresa materialista, extensamente lograda, que lo condujo al éxito final. Estás, te digo, utilizando un pensamiento demasiado simple, obviando partes de los elementos, los más contundentes, aquellos que yacen detrás de las simples apariencias, de cualquier fantasmagoría. (ELTIT, 2007, 159)

Sin embargo, son las imágenes de la maternidad de la narradora, del nacimiento y la muerte de su hijo en la clandestinidad, las que confrontan, en su insistente y traumático retorno, la racionalidad política que sostuvo su condición militante:

Devoré el halo de las figuras que ahora no, no, no, no se pueden nombrar. Heladas y lúcidas y aún supremas en sus errores, pero ¿cuáles errores? Es acaso un error afirmar que: “Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. Cómo vence esta crisis la burguesía. De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la

explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace pues? Preparando crisis más extensas y violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas”. Una lucidez ensimismada, una puesta en escena irrefutable, un trazado que contiene mil años, cien de historia. Sí, ¿no?, pero nunca, nunca pensé en el funcionamiento autónomo del cuerpo, su cíclica sorpresa y su catástrofe. (ELTIT, 2012, 155)

La narradora no cuestiona la verdad histórica que sostiene la “lucidez ensimismada” de esa razón política, expuesta en la transcripción fiel a la letra del Manifiesto Comunista, al contrario, el tiempo -y la devastación social de la que ella es testigo a inicios del siglo XXI- solo la han confirmado. A lo que ella vuelve, no sin cierto extrañamiento, es a la experiencia que hizo evidente el límite de esa racionalidad: su incompatibilidad con la dimensión subjetiva de la vida. Incompatibilidad expuesta en la afirmación contundente de la narradora: “pero nunca, nunca pensé en el funcionamiento autónomo del cuerpo, su cíclica sorpresa y su catástrofe”.

Con relación a esa dimensión subjetiva de la vida, me interesa recordar que en 1966, es decir, en los años en que se forjaba la subjetividad política del legado guevarista, el filósofo argentino León Rozitchner ya señalaba que sostener un proyecto revolucionario que asiente su racionalidad exclusivamente en el análisis objetivo del orden social y las fuerzas históricas que lo constituyen “sin poner la propia significación personal en el proceso, nos lleva a la búsqueda de una comunidad humana posible pero abstracta, sin contenido, que desaloja el índice subjetivo que aparece en lo sensible -a la persona misma en lo que tiene de más propio- como punto de apoyo para alcanzar los fines proclamados” (1999, 281)³. No sin cierta provocación, Rozitchner interpelaba al pensamiento de izquierda de la época con la siguiente pregunta: “¿No será que pensamos la revolución con la racionalidad inadecuada? ¿No será que vivimos la racionalidad aprendida del proceso revolucionario fuera del contexto humano en el que la racionalidad marxista desarrolla su pleno sentido? ¿No será que estamos pensando la razón sin meter el cuerpo en ella?” (1999, 278, la cursiva es mía). La pregunta de Rozitchner resuena, sin ser explicitada, en las palabras de la narradora cuando recuerda la perplejidad que le produjo descubrir, con la gestación, “el funcionamiento autónomo del cuerpo, su cíclica sorpresa y su catástrofe”.

3 El artículo de León Rozitchner, cuyo título es “La izquierda sin sujeto”, fue publicado originalmente en la revista *La rosa blindada* Año II, N 9, 1966, p. 30-44.

En un ensayo sobre “Carta a Vicky” y otros textos políticos de Rodolfo Walsh, María Moreno se pregunta si, en el contexto de la militancia política de izquierda de la Argentina de los años setenta, “*dar la vida* se opondría radicalmente a *dar vida*” (2018, 56). La relación no sería necesariamente de oposición, explica la autora, dado que, en muchos casos, la decisión de las militantes de tener hijos era interpretada como la posibilidad de testimoniar, a través de ellos, el triunfo de una revolución que, se sabía, no se llegaría a presenciar, no necesariamente por fuerza del imperativo sacrificial al que hace referencia Piglia, sino porque la realización de ese proyecto revolucionario suponía un proceso histórico a largo plazo⁴. Aunque ese fuese uno de los motivos que impulsaba a las militantes a gestar, explica Moreno, “para la mayoría, la voluntad de tener hijos era el emergente de ese deseo impermeable a la razón y que, al cumplirse, adquiriría diversas formas de acogida” (2018, 162). En *Jamás el fuego nunca*, la maternidad no se hace presente como decisión, sí como deseo y, sobre todo, como la capacidad biológica incontrolable del cuerpo que se opone a la razón política que pauta la vida de los protagonistas. Así lo plantea la narradora cuando recuerda el momento en que, ya embarazada, se reencuentra con su compañero después de un tiempo en prisión:

“Por qué no te lo sacaste”, dijiste en medio de tu rabia y de tu asco, pero cómo, cómo iba a hacerlo, yo era una célula capturada que no estaba ni viva ni muerta, un simple cuerpo que cayó sometido a demasiados e innumbrables agravios, agredido en su biología, la mía. Una biología que funcionaba y que respondía. (ELTIT, 2012, 163)

La ambivalencia del término “célula”, como célula política y célula biológica, que circula por la novela encuentra en este momento del discurso de la narradora un punto de confluencia que hace evidente las tensiones que se establecen entre política y vida en la historia de los protagonistas. La novela, inclusive, agudiza esas tensiones al dejar indeterminado el momento de esa gestación -antes o durante la prisión de la narradora- y, por lo tanto, la paternidad. Pero lo que quiero destacar es que ese juego metafórico entre célula política y célula biológica que atraviesa la enunciación de la narradora sugiere la irrupción inevitable de la singularidad del sujeto en el campo de la política: “el índice subjetivo que aparece en lo sensible”, como decía Rozitchner; “mi biología”, dice la narradora. Es posible pensar, por tanto,

4 Desde el punto de vista de María Moreno (y tal vez porque lo que ella piensa en este libro son las relaciones de filiación), para la militancia de izquierda argentina de los setenta “la ética del sacrificio fue menos una mística a seguir que una enunciación frente a los hechos consumados”. (2018, 56)

que la singularidad irreductible de la protagonista de *Jamás el fuego nunca* adviene, en su condición de “sujeto hablante, sexuado y mortal”, cuando el orden de lo sensible desestabiliza la subjetividad forjada desde la racionalidad política de la militancia⁵.

En su ensayo “Cargas y descargas”, Eltit sostiene que el cuerpo está siempre desalojado de sí como efecto de los discursos sociales que lo capturan para imprimir sobre él sus experiencias y, en particular, el cuerpo de la mujer “atrapado en la categoría de lo femenino. Ese femenino que ha sido el objeto más imperioso de los discursos que, en cada uno de los tiempos históricos, se han reservado la última y la única palabra para decidir aquello que resulta inextricable: el cuerpo” (2008, 31). Es esta idea del cuerpo como “lo inextricable” lo que la novela explora -y de alguna manera reivindica- al detenerse en la perplejidad que siente la protagonista cuando el orden de lo biológico desacomoda la postura austera y rigurosa de su cuerpo militante. Una perplejidad ante la gestación y la maternidad que la perspectiva patriarcal del compañero traduce en términos de “falla”:

... lo tapaba, lo arrullaba, lo besaba, lo miraba, le daba uno a uno sus remedios, medía rigurosa y científicamente el curso de su fiebre, te odiaba, quería que tú te murieras, no el niño, el niño no, tú tienes que morirte y entonces yo podría irme con el niño, desaparecer los dos, el niño y yo, y te íbamos a dejar en la pieza muerto como un perro, pero nosotros, el niño y yo, sobreviviríamos, saldríamos del infierno de tu cara y del infierno que pensaras sin tregua que el niño era producto del horror, de la locura, que el niño era una falla, mi falla, mi empecinamiento, una malévolamente mala comprensión de la historia que echaba por tierra el deber de nuestra militancia. (ELTIT, 2012, 137)

Pero lo inextricable del cuerpo femenino también es la irrupción del deseo que la postura militante no dudaba en sacrificar. La narradora había

5 Me parece importante señalar, en este punto, la diferencia conceptual entre sujeto y subjetividad que plantea Jorge Aleman. Él cuestiona una línea del pensamiento filosófico, fundamentalmente foucaultiana, que pensó la subjetividad como efecto de las relaciones de poder, construida históricamente, generada por dispositivos, producida por tecnologías y que, de alguna manera, borra la distinción entre sujeto y subjetividad. “Una cosa -sostiene Aleman- es la producción de subjetividad por las lógicas del poder /.../ y otra cosa es esa singularidad irreductible que surge en el advenimiento con la lengua a su existencia hablante, sexuada y mortal /.../ No, la singularidad no puede ser producida, llamo político al instante en donde el sujeto adviene y llamo política -en cambio- a las producciones de subjetividad, y esta es una diferencia que me parece grave, y si esto se confunde, si se borra ese momento inaugural, estructural, si ustedes quieren “ontológico” de la constitución misma de esa singularidad donde hay en cada uno algo irrepetible, eso que nos hace ser a cada uno quienes somos, si se borra eso, y se confunde con la producción de subjetividades, como dije antes, entonces finalmente el poder ha realizado su crimen perfecto, y no hay ya ningún lugar para ejercer la resistencia, ni para recuperar los legados históricos, ni para practicar la rememoración y la invención.” (2016,46-47).

conseguido neutralizar el placer de bailar (“Ese aspecto enteramente corporal que en cierto modo expresaba la puntuación de un cuerpo sin más rictus que sí mismo”, afirma), pero no podrá con el deseo inexplicable de poseer el vestido rojo exhibido en una vidriera comercial, ese gesto espontáneo que conseguirá desarticular su disciplina política:

Sí, yo misma, especializada en lingüística y absolutamente consciente del rechazo como procedimiento imperativo y liberador, me vi ante una vitrina que me convocaba hacia un vestido tortuoso, diseñado para seducir y huir de los avatares de una historia, un vestido que me iba a liberar de la infamia, que me iba a distraer de un poder que finalmente me había perforado hasta la médula de los huesos. Sí, un poder que había ofendido la única consistencia del cuerpo que, sabíamos, era primordialmente óseo. (ELTIT, 2012, 145)

La escena explicita la perspectiva ideológica de la narradora en su juventud, crítica de los estereotipos femeninos que, en sus formas más tradicionales (burguesas, diría ella), se han apropiado históricamente del cuerpo de la mujer (la sensualidad, la coquetería, el mandato de la maternidad). Sin embargo, la perturbación que este episodio le provocó no deja de evidenciar la propia perspectiva como instancia de captura del cuerpo femenino, en este caso, como ella misma afirma, aprisionado en “la dirección inamovible de una parquedad realmente militante” (ELTIT, 2012, 145).

106

Me interesa destacar este juego de perspectivas de la novela porque tiende a desarticular los dispositivos ideológicos que disciplinan el cuerpo femenino. No se trata de criticar una u otra posición, o simplemente de contraponerlas, sino de evidenciar el carácter de código normativo de ambas perspectivas como forma de corroer los esquemas binarios que sostienen las identidades y las diferencias en la sociedad. En este sentido, es posible afirmar que la novela moviliza una perspectiva feminista que, en tanto crítica cultural, usa, como explica Nelly Richard, “las asimetrías y los descalses de la perspectiva de género para sacudir los códigos de estructuración del sentido y de la identidad, subrayando las fisuras e intervalos que contradicen la noción -hegemónica- de una representación total de los cuerpos que los llama a coincidir lisa y llanamente consigo mismos” (2009, 81).

Sensible a las disonancias que atraviesan las representaciones sociales de los cuerpos, la novela desarticula el esquema ideológico en el que se había encerrado la perspectiva de la protagonista en su experiencia militante, pero no deja de señalar, al insistir en lo inextricable de su cuerpo, en ese incomprensible “deseo infame” que humilló sus huesos, que el orden de lo sensible es constitutivo de la singularidad del sujeto y que, por lo tanto, es

OLMOS, A.C.
*Cuerpos políticos,
voces en disenso
(sobre Jamás el
fuego nunca, de
Diamela Eltit)*

imposible desalojarlo de cualquier razón política (o de la razón misma, se podría decir). Una singularidad que se manifiesta, también, en el “malestar biológico” que la narradora dice haber sentido en la ocasión en que levantó su voz públicamente para disentir de su compañero, dirigente principal de la célula:

Junto con el tono de voz, me preocupé de mantener una expresión facial dotada de un grado moderado de neutralidad, controlé aquellos movimientos de mis pies que podrían delatarme, procuré mantener las manos en estado de calma. Me preocupé incluso de la dirección de la mirada, nadie en particular, nadie en el objetivo del ojo. Una mirada general, pero a la vez ciega. Una mirada sin mirada.

Quedó un hueco, se instaló la desazón. Los ocho miembros de la célula fueron recorridos por el espanto y la incredulidad ante una voz que disentía. Se produjo brevemente una crisis celular, la célula misma entraba en estado de tensión porque mis palabras, motivadas por razones contradictorias que ni yo misma comprendía a cabalidad, irrumpían cruelmente para envenenar y posiblemente deshacer nuestra materia. (ELTIT, 2012, 77)

La minuciosidad con que la narradora describe el control que buscó ejercer sobre su cuerpo para que su voz pudiese disentir ante la jerarquía masculina de la célula, así como el silencio que la rodea después, nos recuerda que, más allá de la manifestación de la singularidad del sujeto, no es posible pensar los cuerpos al margen de un campo específico de poder.

107

Por otro orden de lo político

No quiero concluir esta lectura de la novela sin mencionar la referencia poética de César Vallejo inscrita en el título y en el epígrafe que abre el relato (“Jamás el fuego nunca / jugó mejor su rol de frío muerto”), no sólo por lo que convoca metafóricamente en términos de tensión entre intensidades afectivas y racionalidad, sino también porque en ella resuena el sentimiento de pérdida y el proceso de duelo que atraviesa la enunciación narrativa. En efecto, la novela puede ser leída también como un proceso de memoria o trabajo de luto que busca elaborar el reconocimiento de la pérdida: la muerte del hijo en la clandestinidad, la muerte de los compañeros por la violencia de Estado, el confinamiento de la pareja como consecuencia de la derrota política. Quizás sea en este punto en el que la narrativa, más allá de interpelar, como señalé al principio, una racionalidad política que privilegió el esquema de las fuerzas

históricas como determinantes del destino de los sujetos, deja entrever otra perspectiva para pensar el orden de lo político. Una perspectiva, como sugiere Judith Butler (2003), que no excluya de la esfera política el orden sensible de los cuerpos, es decir, la vulnerabilidad que nos expone al otro y que nos pone en riesgo de ser objeto, y también agencia, de la violencia en la sociedad.

Tal vez fuese en una comunidad en este sentido, menos abstracta en su postulación histórica, más atenta al orden de lo sensible y a la singularidad de los sujetos, en la que pensaba Rozitchner cuando, en los años sesenta, le demandaba a la izquierda reformular los términos en que pensaba “ese campo social sin subjetividad, sin humanidad, donde el hombre -a medias, incomprensible para sí mismo, inconsciente de sus propias significaciones y relaciones- mira y actúa sin comprender muy bien quién es ese otro con el que debe hacer el trabajo de la revolución” (1999, 282).

Desde este punto de vista, es decir, en tanto trabajo de elaboración de una memoria de la derrota política de la izquierda, *Jamás el fuego nunca* postula lo femenino no apenas como instancia crítica del universo representado (la mujer y la militancia política, la maternidad y el cuerpo de las mujeres militantes), sino como posición de enunciación que, articulando ética, política y estética, active una perspectiva otra e imagine otro orden posible de lo político. En el sentido en que lo proponían las escritoras que organizaron el Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, realizado en 1987 en la ciudad de Santiago y del cual Eltit formó parte, lo femenino “no como un territorio marcado (*reducción y reducto de la diferencia vigilada por mujeres*) sino como una ubicación que opere libremente para todos como desborde y utopía”. (RICHARD, 2018, 9-10)

ALEMAN, Jorge. El retorno de lo político y la política. In: *Horizontes neoliberales de la subjetividad*. Olivos: Grama Ediciones, 2016, p.45-52.

ARFUCH, Leonor. *La vida narrada*. Memoria, subjetividad y política. Villa María: EDUVIM, 2018.

BUTTLER, Judith. Violencia, luto y política. *Iconos*. Revista de Ciencias Sociales, nº 17, Flacso Ecuador, Set. 2003., p.82-99.

ELTIT, Diamela. *Jamás el fuego nunca*. Cáceres: Editorial Periférica, 2012

_____. Cargas y descargas. In: *Signos vitales*. Escritos sobre literatura, arte y política. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2008, p. 31-40.

MORENO, María. *Oración*. Carta a Vicky y otras elegías políticas. Buenos Aires: Literatura Random House, 2018.

PIGLIA, Ricardo. Ernesto Guevara, rastros de lectura. In: *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama, 2005.

RICHARD, Nelly. El signo heterodoxo. *Nueva sociedad*, nº 116, nov-dic 1991, p.102-111.

_____. La crítica feminista como modelo de crítica cultural. *Debate Feminista* 40, octubre 1, 2009, p. 75-85. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2009.40.1439>

_____. Seducción/Sedición. In: *Abismos temporales*. Feminismos, estéticas travestis y teoría *queer*. Santiago de Chile, Ediciones Metales pesados, 2018.

ROZITCHNER, León. La izquierda sin sujeto. In: KOHAN, Néstor (comp) *La rosa blindada, una pasión de los 60*. Buenos Aires: Ediciones La rosa blindada, 1999, p 275-307.

VEZZETTI, Hugo. *Sobre la violencia revolucionaria*. Memoria y olvidos. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.